

Mahón 16 Febrero 1906

LA REVISTA DEL OBRERO

Nuestros procesos

La semana anterior fuimos procesados por ataques á la religión supuestos en un escrito que se había publicado en 15 de diciembre.

El señor Fiscal ha interpretado que atacábamos á la religión cuando dijimos que los curas no creían en ella. Sin embargo, esto es para nosotros un hecho indudable que justifica por sí solo todos los esfuerzos de la propaganda antirreligiosa.

Si creyesen, si fuesen sinceros en lo que predicán, aunque estuviesen equivocados, los católicos merecerían el respeto que merecen todas las convicciones y todas las sinceridades. Conveniente y hasta necesaria sería la discusión, á fin de que la verdad triunfase, porque sólo la verdad es sana y el error siempre produce calamidades. La discusión razonada no puede ofender á los sinceros, antes debe gustarles, por cuanto les da ocasión de exponer sus propias razones. Pero los católicos no quieren la discusión, no pueden tolerarla y hacen intervenir á los Fiscales para imponer silencio á sus contrincantes. ¿Se quiere una mejor prueba de que los católicos no creen tener razón, de que no creen que lo que predicán sea la verdad?

Un cristiano que conociese los Evangelios y que los siguiese y prácticamente los aplicase, por más que en algunas cosas no opinásemos como él, no podríamos menos de considerarle como un hombre bueno, tan revolucionario, tan enemigo de la sociedad actual como nosotros mismos. Pero esos curas y esos católicos burgueses, que con su conducta se mofan del Cristo y de sus enseñanzas, que sólo piensan en dominar, en constituir gobiernos despóticos y en azuzar á las autoridades contra el pueblo, ¿qué respeto pueden merecernos? El haber sido procesados por atacar á tales gentes es para nosotros, aunque otra cosa piense el señor Fiscal, un título de gloria. Si se nos llega á condenar por ello, creemos haber sufrido persecución por haber dicho la verdad y por haber defendido la justicia.

El último número ha sido denunciado por injurias al ejército.

Quiquiera que lea el escrito objeto de la denuncia comprenderá que, por razones que no se nos alcanzan, nuestro periódico tenía que ser denunciado, dijese lo que dijese.

«Los asesinos» es un corto escrito puramente literario. una anécdota del tiempo de Sócrates, que nada tiene que ver con la patria, ni con el ejército, ni con ninguna otra cuestión que pueda interpretarse torcidamente. Con la misma razón podría denunciarse el padre-nuestro.

No hemos injuriado al ejército, como no hemos injuriado tampoco á otras instituciones, ni á personas, porque no publicamos el periódico para injuriar á nadie, sino para propagar ideas que consideramos verdaderas, justas, redentoras.

Hemos propagado ideas de paz y de armonía entre los pueblos. Hemos publicado y continuaremos publicando — si no nos matan el periódico — escritos contra la guerra, que consideramos un mal gravísimo, una calamidad muy grande para todos, y especialmente para los trabajadores, que son los que más directamente la sufren y los que en último término la pagan. ¿Es esto injuriar al ejército? ¿Podrá llegar España á un grado tal de degeneración que los encargados de hacer y de interpretar las leyes persigan á los propagandistas de la paz y contrarios á la guerra?

Queremos también que se supriman los ejércitos, cuya misión es preparar y hacer la guerra. Pero sabemos que la existencia de los ejércitos es una consecuencia del estado de rivalidad que sostiene entre las naciones la mala voluntad de los gobernantes. Por esto atacamos la causa antes que al efecto. Por esto propagamos la inteligencia entre los trabajadores de todos los países, inteligencia que haría los ejércitos innecesarios y la guerra imposible para siempre.

Estas son nuestras ideas. ¿Se nos quiere perseguir por ellas? — Pues bien, no pensamos disimularlas, y se podrán denunciar todos los números de nuestro periódico, sino con mayor motivo, al menos con pretextos más racionales que los que puedan fundarse en el escrito denunciado de nuestro número anterior.

Contestación á algunas cartas

De diversos lados he recibido cartas escritas en un tono quejumbroso é histérico. emanando de sus páginas la angustia de una sorda inquietud. Se siente con claridad que los que las han escrito viven días penosos, se ve que pensamientos torturantes les desgarran el corazón y turban sus sueños.

«¿Qué le ha sucedido á este buen pueblo ruso, por qué se ha transformado de pronto en un animal sanguinario?» pregunta una dama que me ha enviado su carta en magnífico papel perfumado.

«Cristo y su evangelio están olvidados, la doctrina del amor es pisoteada, ya no hay respeto para el prójimo» anuncia tristemente M. F...., miembro de la nobleza de Soum. Y pregunta: «¿Estáis satisfecho?»

«¿Dónde están los frutos del evangelio de amor al prójimo, en donde se manifiesta la influencia de la escuela y de la Iglesia?» pregunta M. de Brootzin de Fambof.

Mientras que los unos sólo tienen palabras injuriosas y amenazas en los labios, los otros se lamentan; pero todos están agitados, todos están oprimidos por sentimientos dolorosos, todos encuentran la existencia into-

lerable en estos grandes días trágicos. Yo no puedo responder á cada uno en detalle, y voy á hacerlo de una vez para todos.

Los días de represalias han llegado, señores, los días en que estáis obligados á pagar vuestra criminal indiferencia por la vida del pueblo. Todo lo que os inquieta, todo lo que teméis, lo habéis merecido. Sólo puedo deciros y desearos una cosa y es que comprendáis, que viváis todavía más profundamente, con más fuerza todavía, todo el horror de estas circunstancias creadas por vosotros. Que vuestros corazones sean helados por el terror, que las pesadillas opriman vuestro sueño, que todas las crueldades, las locuras que se cometen en nuestro país os quemem como fuego; sois dignos de ello. Pereceréis, ó tal vez el fango y la banalidad que llenan vuestra alma de mentira, de orgullo, de codicia, serán barridos y no quedarán de vosotros sino las partes sanas y dignas.

Y vos, señora, queréis saber lo que le ha ocurrido al pueblo? Ha perdido la paciencia, sencillamente. Durante largo tiempo estuvo sometido á la violencia, sostenía vuestras existencias con su trabajo de esclavo resignado; pero ha llegado al límite. Sin embargo, todavía está lejos de verse desembarazado del enorme peso con que se le aplastaba. Os habéis espantado demasiado pronto, señora!

Y — pues hablamos con toda sinceridad — ¿por qué no había de ser bruto el pueblo? ¿Qué habéis hecho para que no lo sea? ¿Le habéis enseñado cosas razonables, habéis sembrado la buena semilla en su alma?

Continuamente le habéis tomado su trabajo, su último pedazo de pan, le habéis despojado ingenuamente, sin cuidado, sin daros cuenta de vuestros actos; habéis vivido sin preguntaros quien os hacía vivir. Habéis agriado al pobre, al hambriento, con la riqueza de vuestro lujo; en el campo, mirabáis á los *moujicks* como seres de raza inferior. Y ellos lo han comprendido. Son bastantes sensibles y no demasiado malvados; sin embargo, habéis llegado á irritarlos. Es bien sencillo: cuando uno se harta en presencia de los miserables, no debe esperar que éstos queden agradecidos; ni vuestros cantos, ni vuestra música podían saciar al que tenía hambre; vuestras maneras desdenosas, vuestro orgullo, no podían hacer que naciese estimación para vosotros en el alma del campesino. ¿Qué habéis hecho por él? Os habéis ocupado en inculcarle sentimientos más dulces? Por el contrario, le habéis endurecido. ¿Quisieráis que fuese más inteligente? Nunca habéis cuidado de desarrollarle. Para vosotros, el moujik era una bestia de carga; á veces os habéis como reído de un salvaje; nunca le habéis considerado como un hombre. Es asombroso que proceda con vosotros como un bruto?

Señora! ¡No solamente vuestra pregunta demuestra que ignoráis la vida, sino que encierra también la hipocresía del culpable, que siente que ha pecado, pero que no quiere aun confesarlo francamente. Sabíais, no podíais dejar de saber como vivía el moujik. El que se ve golpeado, tarde ó temprano se vengará; aquel de quien no se ha tenido piedad, no la tendrá tampoco; esto es natural, ó, lo que es peor, es justo. Escuchadme; lo terrible no es que el campesino hiera des-

piadado, sino que es imposible que sea de otro modo.

¿Cómo podréis esperar encontrar la piedad en un corazón en que habéis sembrado el odio? En Kief, el buen pueblo ruso ha arrojado á una profesora por las ventanas de la casa Brodski y ha respetado cuidadosamente á un canario en su jaula. Pensad en esto! Un pajarito amarillo ha excitado algo como la compasión, mientras que se arrojaba á la calle una criatura humana. ¡Hay pues todavía humanidad en el pueblo, pero el hombre no parece digno de ella! He ahí donde están el horror y la tragedia! ¿Estáis segura, señora, de tener derecho para exigir que se os trate como criatura humana, ya que durante toda vuestra vida no habéis tenido compasión ni piedad para los otros, á quienes no considerabáis como vuestros iguales?

Sois instruída, escribís cartas, sin duda habéis leído libros que describen la vida del moujik. ¿Qué exigís, pues, de él, si conociendo su manera de vivir no habéis procurado mejorarla? Y ahora, es él quien ha transformado vuestra vida, y más todavía, es él quien os obliga á escribir con mano temblorosa cartas desesperadas á un hombre que —deberíais saberlo— nada hará por disipar vuestros terrores, que no quiere calmaros, sino al contrario.

Las represalias son naturales. Vivimos en un país en que, todavía hoy, se golpea á las gentes, se las azota con vergajos, se las llena de golpes hasta que mueren, se las mutila, se las hiere en el rostro por pura distracción; un país en que la violencia no tiene límites y las formas del suplicio sublevan y avergüenzan por su diversidad. El pueblo, instruído en una escuela que parece una mala reproducción de las torturas del infierno, el pueblo educado á puñetazos, á latigazos, á vergajazos, no puede ser dulce. El hombre que ha sido estrujado con los pies en una comisaría de policía viene á ser, por esto mismo, capaz de pisotear á su semejante. En un lugar en que la arbitrariedad ha reinado tan largo tiempo, es difícil que el pueblo comprenda de golpe la grandeza de la justicia, es imposible demandarle equidad, puesto que nunca la ha visto poner en práctica. Hay que admitir esto, tan sencillo y tan terrible. Todo es normal bajo un régimen en que la sociedad y vos, señora, habéis tolerado sin protesta todos los horrores de la servidumbre ajena. Las gentes comprenden mejor en nuestro tiempo, y la mirada oblicua que habéis lanzado esta mañana á vuestra camarera equivale á la bofetada que daba vuestro padre á su lacayo hace cincuenta años. Las gentes se desarrollan y el sentimiento de la dignidad crece en ellos, y, sin embargo, se continúa tratándolas como esclavos y lo que hay de bestias en ellas no desaparece.

No exijáis de estos hombres lo que no les habéis dado, señora. No tenéis derecho á la piedad, porque tampoco la conocéis. Todos los que han tenido y aun tienen la menor parte de poder sobre el pueblo, le atormentan ó le han atormentado. Y ahora, que un gobierno incapaz ha conducido el país á la anarquía, todas las fuerzas oscuras de la nación han sentido cuán ilusorio era el poder que las oprimía; se han levantado y se vengán de todo lo que habían sufrido en la negra noche de la injusticia.

Sin embargo, hay todavía otra fuerza en el país, una fuerza luminosa, guiada por un alto pensamiento, por el sueño sublime del reinado de la justicia, de la libertad, de la belleza... Pero, señora, es imposible hacer comprender la belleza y la majestad del mar á un ciego de nacimiento!...

Los que hablan y escriben sobre el amor del próximo me han disgustado siempre profundamente; son hipócritas y embusteros; conozco demasiado la vida para creerles. Ah! señores! Tened pues el valor de ser verídicos! Porque todo esto es tan sencillo, tan comprensible!

Cuando habléis de amor es únicamente

por apaciguar á vuestro prójimo que tiene hambre y que sufre; os parece que tocando así el corazón de los irritados y oprimidos podréis evitar su justa venganza. Mentís cuando llamáis hermanos á los que habéis esclavizado; mentís cuando predicáis el Evangelio de amor á los hombres en cuya alma habéis sembrado vosotros mismos la envidia, el odio y el furor.

Sois evidentemente sinceros cuando aconsejáis á vuestro prójimo que os ame. Pues detrás de estas palabras ocultáis otras palabras más francas: «Soportad pacientemente, sin rebeldía, sin murmurar, la pesada carga del trabajo, de rebajamiento, de miseria que habremos cargado sobre vuestras espaldas.» Pero mentís impudicamente cuando decís á vuestros esclavos que les amáis. Es imposible amar á esclavos. Sólo se puede menospreciarles ó temerles. Y vosotros enseñáis el amor á vuestros esclavos porque les teméis.

¿El Evangelio? Desde largo tiempo, los opresores lo han cogido con sus manos criminales; sus verdades han sido borradas por los hipócritas; y sin embargo os apoderáis de él como de un instrumento para defenderos contra la instauración de la justicia, que ha tomado formas terribles, gracias á vuestra falsedad, á vuestra hipocresía.

No hay amor en vuestros corazones; hay sólo tres reptiles que guardan celosamente vuestra tranquilidad somnolienta y el equilibrio de vuestra alma, contra toda intrusión de la cruel verdad de la vida ó del sentimiento creador; hay en vuestros corazones tres cancerberos: la Codicia, la Banalidad y la Mentira.

Y no tenéis tampoco respeto á los demás. ¿Cómo habiáis de tenerlo, si no os respetáis á vosotros mismos?

No justifico la crueldad, de que vosotros habéis hecho una ley de la vida; digo solamente que en un país en que se ha tolerado la injusticia y la arbitrariedad como vosotros habéis hecho, en nuestro desgraciado país, no hay entre vosotros ningún justo, nadie que sea digno de piedad!...

MÁXIMO GORKI

La jornada de ocho horas

(FRAGMENTO DE UN LIBRO)

El problema de las jornadas cortas de trabajo, no puede ser considerado tan sólo en el aspecto económico, entendiéndose por económico únicamente la relación de producción bajo el imperio puro y simple de la ley de la oferta y la demanda. Hay mucho que ver en él; en primer lugar, es necesario no olvidar la importancia que para el caso tiene el conocimiento adecuado del porqué racional é histórico de las tendencias actuales, favorables, sin duda, á las jornadas cortas, siendo, además, de capital interés tener presente siempre el valor propio de la acción que en la práctica de dichas jornadas pueden tener los motivos mismos, muchos de ellos ideales, que explican la producción de la indicada tendencia.

Y no solamente esto; el carácter real é histórico de las soluciones formuladas ya en pro de la limitación mayor ó menor de las jornadas que se estiman largas y deprimentes, de las jornadas en que se revela de una manera visible y concreta la actuación de la ley de Lassalle, ley de acero, ley férrea del salario impone el análisis positivo de los resultados prácticos de las jornadas cortas, especialmente de las de ocho horas, tanto con relación al obrero como con relación al empresario ó patrono; en general, con relación al coste del producto.

En mi opinión, la jornada de ocho horas, como fórmula concreta de una reclamación obrera, no puede ni debe tomarse como una expresión universal y definitiva de lo que ha de ser el trabajo diario, cual si en todos los oficios y ocupaciones no se debiera trabajar nunca más de ocho horas al día; lo

que se demanda con esa fórmula es que el trabajo diario sea proporcionado á la fuerza física del obrero, y de tal duración que no convierta aquél en un puro medio mecánico. Se estima, sin duda, con razón, que una jornada moderada es más higiénica que una jornada demasiado larga; que además la jornada excesiva priva al hombre que la padece de los reposos indispensables para reponerse, para educarse, para recrearse en los goces propiamente dignos de un ser humano. De ahí que el clamoreo en pro de las jornadas cortas, si arranca primero del obrero, fatigado y oprimido, se razona después con la vista fija en los intereses generales y aun en las condiciones fundamentales de la personalidad, cuya integridad física y jurídica se desconoce desde el momento en que, sometido el hombre á un trabajo que degenera en yugo, sufre una verdadera mutilación y se le somete á una servidumbre positiva.

Estudiando los señores Hadfield y Gobbins el origen y la causa del movimiento en pro de las jornadas cortas de trabajo, hacen notar que no hay en el problema un mero interés económico, sino un verdadero interés humano; hay, en efecto, que ver en el movimiento que se analiza, el influjo del progreso del trabajador mismo, el de la educación y por último, el total espíritu de la época, la condición general de los tiempos.

ADOLFO POSADA

La carnaza

Allá, al otro extremo del hemisferio, en los arrozales de Tonkin, Philibeaux, el cabo más joven del regimiento, sueña con los ojos abiertos á la noche negra.

Tiene veinte años y la barba rala. Con hábito y tocas altas, lo equivocarían con la hermana de la caridad que lo velaba. Era tan fino y su voz tan dulce... Pero se batió bravamente como buen francés, y si la soldadesca se mofa de sus líneas señoriales, sabe bien el enemigo tiene puños de hombre.

Esto ayer; hoy, con los pulmones deshechos por la disenteria y el corazón por la morriña, sufre como si una bestia monstruosa le rajase, le punzase desde los pies hasta la coronilla. Tiene un consuelo que es, de consuno, una tortura: pensar, entre las náuseas de todo y por todo, en las horas blancas vividas bajo el bello sol de su Gascuña. ¡Oh, su ciudad!, la villa dorada como un fruto, cubierta de rosas y de luz, ¿cuándo tornaría á verla? Allí está el umbral donde jugaba cuando aún tropezaba al correr, embadurnándose con la miel de la merienda; la explanada donde, á la salida de la escuela, sostenían las pedreas; la ventana que enmarcó su primera novia; la casita —¡oh, esto sobre todo!— donde nació, creció, donde una viejecita ruega á la Virgen de la Misericordia, á la Mater Dolorosa, propicia á los dolores femeninos, por la vuelta de ese hijo que los chinos tal vez crucifiquen como los fariseos crucificaron «al otro».

Humedeciendo sus manos cruzadas, sus pálidas manos de calenturiento, caen, las lagrimuelas del soldadito. Hay silencios espesos en el aire. Y el soldadito piensa en la dicha de los que cumplen sus deberes sin torturas, y aceptan, alegres, los cargos del oficio.

¡El oficio! — Philibeaux no le ama ya; la mochila aplasta sus espaldas doloridas, derrenga sus brazos sin biceps y sus piernas blandengues rehusan las largas marchas. No puede más con su tormento y gustaría, para finir con él, caer en los hoyos del camino, ser decapitado por los pieles amarillas ó fulminado por este sol que calcina y mata y que en su Gascuña caliente y vivifica. Está perdido, perdido irremisiblemente; nunca volverá á su dulce tierra, la bella, la buena, la muy amada Gascuña. Y en los rugidos dolorosos de su carne evoca la esperanza de la Gran Libertadora. La ve descender con cara de visión, misericordiosa,

tentadora, diciendo, sugestionante, la inutilidad de las matanzas, de los fratricidios que en las villas austeras obligan á empalidecer é inclinarse las frentes de los pensadores.

Al amanecer, corre un grito por el regimiento: ¡Philibeaux ha muerto! ¡Philibeaux se ha suicidado!

El coronel Laurent formó la gente, leyendo su orden del día:

«Ha tenido lugar un segundo suicidio, el del cabo Philibeaux. El coronel dice al regimiento es una cobardía el suicidio en todas las circunstancias de la vida: Napoleón consideró cobarde, desertor de la bandera y traidor á la patria á uno de sus generales que se mató.

«El soldado no tiene, menos que nadie, derecho á quitarse la vida, que no es de él sino de la patria. Aquí el suicidio es deserción y traición ante el enemigo.

«El coronel declara ha muerto el cabo Philibeaux cobardemente, no mereciendo más que la sepultura de los cobardes. No será acompañado á la fosa por ninguno de sus camaradas; se alquilará un mal carrito de mano y doce annanitas para la conducción al cementerio. El sargento encargado del pelotón de los castigados presenciara el entierro de la carnaza.

El coronel Laurent.»

Natural, tan llena de lógica como la más diáfana de las demostraciones, es esta del bueno del coronelazo. Si todos los soldados se suicidasen, acabarían las guerras, desaparecerían los ejércitos y no habría coroneles. ¿Comprendéis ahora la profunda indignación de Laurent contra esa carne de cañón que ya no sirve para fabricarle glorias? Su orden del día suena como el grito del negro ante la huída de un cimarrón: «¡Ah, granuja!»

En nuestro país, empero, no se ultrajan tan despiadadamente los cadáveres. Pasó el tiempo en que, para ejemplaridad de culpables, eran ejecutados los difuntos. Algo se protesta contra ese ensañamiento de un oficial superior sobre los restos mortales de un quinto. La lucha resulta inmensamente desigual, espantosamente injusta, entre ese viviente con botas, espuelas, galones, sable y látigo y ese montón de carne muerta á quien niega un sudario, amortaja con vestimenta de condenado é injuria hasta el postrer minuto y que los vencidos domesticados llevan á la fosa como un perro callejero lapidado, vigilados por el sargento de semana, asqueado de semejante faena, aburrido, demostrando no cumple por gusto sino por mandato.

Así se hizo desaparecer á la carnaza.

¿Denigrante? ¿Inhumano? Bueno, ¿y qué? A pesar de todo, creo se tomarán en ese regimiento billetes al por mayor para «allá», huyendo del coronel. Porque este señor será muy bravo, pero en psicología está á la altura de mis tacones. Y no es muy laberíntica esa psicología; se llama respeto á la angustia humana, sentimiento de piedad. Todos los que tengan corazón pueden hacerse sus discípulos.

Luego, señor Laurent, ¿de dónde saca usted es una cobardía el suicidio? En el Colegio de Francia, donde conocen estas cuestiones un poquito mejor que usted, las opiniones están equitativamente divididas y de acuerdo, absolutamente, en esto: que si el acto, en razón á los sobrevivientes aparece culpable, atestigua en el muerto una rara energía, un valor sobrehumano. «¡Valor!» ¿oye usted, señor coronel?, valor para destruirse á sí mismo, valor para contrariar la naturaleza, valor para negar el instinto de los instintos, el de conservación...

Señor coronel: yo siento mi alma goteando indulgencia, una tierna compasión por ese niño de veinte años, que no ha tenido la paciencia de esperar la última acometida

de la disentería. ¡Oh, entonces! tambores, cornetas, el regimiento encabezado por el coronel, la música al frente, y ya en el cementerio, uno, usted tal vez, señor Laurent, hubiera ornado su tumba con las más exquisitas peonías de la retórica militar, evocando la sombra de los héroes.

Sí, yo lloro sobre la carnaza, la lamentable carnaza sepulta allá lejos, sin llantos ni rezos, ni cirios ni flores, sin incienso ni duelo; ¡ni un nombre grabado en una crucecita de madera! Llévale, viento de Francia, gérmenes del suelo gascón que pongan un poco de patria en la sepultura del paria. Y de los ojos azules de nuestros lagos, de los ojos grises de nuestros estanques, de los ojos negros de nuestros torrentes de los ojos glaucos de nuestros ríos, recoged, nubes, algunas lágrimas y esparcidlas donde sueña, donde no puede llorar la plañidera viejeruca de Gascuña.

Será la revancha de la buena naturaleza, que todos los coroneles del mundo no podrán impedir.

SÉVERINE

Dios y su profeta

He visto gentes que, al aproximarse al gran barón, tiemblan cual si estuvieran en comunicación con una pila de Volta. Ya ante la puerta de su gabinete, muchos son presa de un escalofrío de veneración cual el experimentado por Moisés en el monte Horeb al aperebirse que su planta posábase sobre suelo sagrado. De igual modo que Moisés se descalzó, más de un cortesano ó agente de cambio de los que se atreven á penetrar en el gabinete particular de Rothschild se dejaría las botas á la puerta si no temiese que sus pies descalzos despidiesen algún mal olor y esa fétida emanación incomodase al señor barón.

Este gabinete particular es en efecto un gabinete notable, que despierta en el ánimo pensamientos tan sublimes como la vista del Océano, la del cielo estrellado ó la de las grandes montañas y bosques. Allí se vé cuán pequeño es el hombre y cuán grande es Dios...

Porque el dinero es el Dios de nuestra época, y Rothschild es su profeta.

ENRIQUE HEINE.

Cambio necesario

Pueden opinar los ricos que el mundo presente es el mejor de los mundos y que la organización, merece permanecer inmutable. — Hay muchos, sin embargo, que opinan lo contrario.

Pero entre los pobres, entre los desheredados, entre los trabajadores ¿puede haber uno siquiera que se halle contento con lo actual y que no vea la necesidad de un cambio?

De la organización presente son consecuencias legítimas y necesarias, el hambre en medio de la abundancia, la miseria como contraste con el lujo desenfrenado, la desnudez para los mismos que hacen los vestidos, la intemperie para los que fabrican los palacios; unas veces el trabajo penoso, abrumador, otras la falta de trabajo; la inseguridad siempre del día de mañana.

Los religiosos dicen que hace falta creer en un cielo; sin embargo, ellos no creen, ni los trabajadores tampoco. Ya no es hora de engañar á los que sufren con promesas de

falsos cielos para después de la muerte. Pero la idea de un cielo, de una felicidad que se ha de alcanzar, es necesaria, no para producir la estéril resignación, sino para poder vivir, para no sucumbir á la desesperación.

Es necesario creer, no en un falso cielo, en una felicidad para después de muertos, sino en el bienestar posible en esta vida, realizable, práctico, lógico, consecuencia de una organización de la sociedad, más justa, más armónica.

Este bienestar para todos no es imposible, porque la organización actual de la sociedad es modificable por la voluntad de los hombres, por la voluntad de los trabajadores mismos, el día que quieran, el día que sepan querer.

Inspirar á los trabajadores esa voluntad, darles ese conocimiento, es hacer obra sana, regeneradora, porque es devolverles el amor á la vida que las diarias pesadumbres les hacen perder.

Destruirles ese ideal, quitarles esa esperanza, es volverles á sumir en la desesperación, es agriarles las dificultades de cada día con la horrible idea de que no tienen remedio y de que lo mismo que ellos sufren lo sufrirán sus hijos.

Un hombre sin esperanza, un vencido resignado, es un sér que vive muerto, inútil para toda cosa buena, sólo apto para las grandes bajezas ó para los actos feroces que la desesperación aconseja. ¿Es esto lo que se proponen los que dicen al trabajador que sus males no tienen remedio? ¿Quieren producir hombres ruines y hombres desesperados?

Lo que hace falta son hombres fuertes, hombres convencidos, hombres capaces para mirar de frente las dificultades de la actualidad y para emprender con energía la destrucción de los obstáculos que se oponen al bienestar de todos.

Porque el bienestar es posible; porque la miseria y el hambre y la desnudez y el frío tienen remedio. El sufrirlos como actualmente los sufren los trabajadores no es una necesidad que tenga su causa en la naturaleza de las cosas, sino en la organización social que los hombres han establecido y que los mismos hombres modificarán cuando les plazca.

Unanse los trabajadores como hermanos, procuren estudiar las causas de los males que pesan sobre ellos y bien pronto nacerá en todos y en cada uno el deseo de destruir la organización actual y sustituirla con otra más racional y más justa.

Y cuando ellos quieran, cuando sepan, ¿quién podrá oponerse á que realicen la transformación social en el momento y en la forma que mejor les parezca? Ahora son el número; les falta para ser invencibles desarrollar la inteligencia y fortalecer la voluntad.

JUAN CUALQUIERA

Desde esta fecha podemos ofrecer á nuestros lectores el Segundo Certamen Socialista, sin encuadernar, á 1'75 pesetas ejemplar; tomando desde cinco ejemplares á 1'50 pesetas, y el folleto de Pedro Gori Primero de Mayo á 2 pesetas el paquete de 30 ejemplares.— Pago anticipado.

“Verdad”

Al iniciar la publicación de un periódico anarquista en Lérida, no echamos cuentas más que á nuestros entusiasmos. Un exiguo puñado de plata, nos pareció suficiente para resistir los recibos del impresor y las denuncias gubernativas. Nos hemos equivocado. En guerra—de ideas ó de fusiles—hace falta dinero. Y lo pedimos á los corresponsales que guardan papel, á los amigos que no deben ofrendarnos tan solo una amistad espiritual, á los compañeros que aman y viven la solidaridad libertaria.

Tenemos ansias inmensas de lucha, de patear toda la canallería leridana y poner nuestros músculos en la obra de la liberación proletaria. Ni coraje ni inteligencia nos falta. Solo eso: dinero. Y tornamos á pedirlo á todos, á los corresponsales, á los amigos y á todos los comaradas anarquistas.

La respuesta debe ser, ha de ser afirmativa. A no ser que los predicadores de la idea y de la Solidaridad, la tengan tan solo, para lucimiento ó espantajo inocente de burgueses. Esperamos la contestación para el próximo número.

LA REDACCIÓN DE VERDAD

Lérida: Lista de Correos.

Nuestro primer número, sufrió una denuncia, el segundo cinco y la aprehensión por la policía de toda la tirada. Por esto mismo queremos continuar la lucha, haciendo vivir VERDAD y preparando un mitin.

El hambre en Andalucía

Telegrama de *La Publicidad*, de Barcelona, 10 de febrero de 1906:

Sevilla.—La situación se agrava por momentos con motivo de la crisis agraria que atraviesa la provincia.

El gobernador recibe constantemente telegramas apremiantes, pidiendo urgente remedio.

Los jornaleros envían comisiones. Algunas de estas llegan en estado tan lastimoso que el gobernador tiene que socorrer con metálico á los individuos que la forman.

Han visitado al gobernador civil comisiones de Mairena, Salguer, Montegilla, Osuna y otros puntos.

En varios pueblos la guardia civil tiene que custodiar las plazas de abastos y las panaderías.

La gente hambrienta devora hasta las palmerías.

En Osuna es donde más se están verificando los asaltos de pan y ganado.

Ayer la gente arrebató á la fuerza varias ovejas y esta mañana las turbas saquearon y arrebataron algunas cargas de pan.

El gobernador telegrafía al Gobierno pidiendo auxilios.

Anoche á las doce visitó al gobernador civil una comisión de Morón.

Un jornalero le dijo al gobernador.

—Señor: hasta las ropas que traemos para presentarnos á V. S. son prestadas.

Agrava la crisis el intenso frío que retrasa las labores del campo.

—Los panaderos han visitado al gobernador manifestándole que si no se les garantiza el reparto de pan se verán en la imposibilidad de poder abastecer los mercados.

Los obreros que en la actualidad se hallan sin trabajo en Osuna pasan de 4.000

Estos han declarado que antes de morir de hambre llegarán á verdaderos extremos de violencia.

Bien y qué?

¿Qué dicen los burgueses, la gente de orden, los conservadores del régimen actual?

—¿Podemos continuar así? —¿Es posible dejar que esos trabajadores lleguen á morir de hambre?

¿Dónde están los hombres de bien? ¿Dón-

de están los cristianos? — ¿Qué dicen á todo esto?

Un régimen donde son posibles estas cosas es un régimen que debe acabar y pronto; está condenado á muerte, á muerte violenta y deshonrosa. Sostenerlo es una ferocidad; dejar de combatirlo es una infamia.

Los obreros andaluces á que se refiere el telegrama copiado no son revolucionarios, son hombres crédulos, que todavía suplican á los amos y á las autoridades, que todavía esperan de los gobiernos. Sin embargo, los amos y los gobernantes no les harán caso, les dejarán morir y si se desmandan les echarán encima la guardia civil y la infantería y la caballería y la artillería y todo lo que haga falta. — Todo, menos pan.

Los gobernantes no pueden atender al remedio de los obreros andaluces. Tienen mucho que hacer: emplean su tiempo en perseguir periódicos y en discutir si han de ser civiles ó militares los jueces que nos han de llenar los presidios de obreros y de escritores independientes.

Entre compañeros

Del compañero Luis Bulffi, que dirigió el periódico *Salud y Fuerza* y luego *El Nuevo Malthusiano*, ambos suprimidos gubernativamente, hemos recibido un escrito de réplica á *La Voz del Cantero* de Madrid.

No publicamos el escrito de Bulffi, en primer lugar por su extensión, y además porque estamos decididos, ahora y siempre, á evitar polémicas entre compañeros. Si se tratase de una tranquila discusión de doctrinas ó procedimientos, de que pudiera resultar una enseñanza para nuestros lectores, podríamos hacer una excepción, reservándonos el derecho de cortar la polémica cuando nos pareciese oportuno. Pero en el presente caso se ha comenzado mal, Bulffi no contesta á un escrito de doctrina antimalthusiana, sino á unos ataques que habrán mortificado su amor propio, pero que es imposible poner á discusión.

¿Cree el amigo Bulffi que podemos dedicar nuestras columnas á discutir si *La Voz del Cantero* ha obrado bien ó mal en este asunto?

ECOS Y COMENTARIOS

Contra lo que racionalmente se podía esperar, la denuncia del artículo *Los asesinos*, de nuestro número anterior, ha prosperado y se ha procesado nuevamente á nuestro compañero J. Mir y Mir.

Verdaderamente, de hoy en adelante, para evitar la denuncia, los procesos y las recogidas, no sabremos qué escribir ni qué copiar.

Si los que mandan quieren, todo es delito, todo es condenable, y el hombre más pacífico está expuesto á dar con sus huesos en presidio.

En una sociedad tan detestablemente organizada sólo pueden estar á gusto los hipócritas, los usureros y los que tienen el alma policíaca.

**

Hace algunas semanas que no se reciben los paquetes de *Tierra y Libertad* y *El Productor*.

El motivo es que todos los números que salen son denunciados y recogidos, digan lo que digan, según se ha hecho con nosotros.

También son denunciados casi todos los números de *Las Dominicales* y, en general, todos los periódicos avanzados sufren extraordinaria persecución.

Sin embargo, el partido que manda es el más liberal dentro de la Monarquía, y es Presidente del Consejo de Ministros el señor Moret, que tan revolucionario y tan

disolvente se muestra... cuando está en el poder el partido contrario.

**

En Béjar se ha constituido un grupo anarquista con el nombre de «Los Autónomos», el cual se propone propagar nuestro ideal por todos los medios que permiten las fuerzas y entusiasmos de los compañeros que lo forman.

La correspondencia á J. M. Blázquez de Pedro, Béjar (Salamanca).

**

El compañero Blázquez de Pedro, de Béjar (Salamanca), avisa al compañero Santos Alonso, de Baracaldo, que le es completamente imposible servir sin su importe los ejemplares de *Rebeldías cantadas* que le tiene pedidos. Igual aviso hace á otros compañeros de distintos puntos, advirtiéndoles á todos que de la venta de *Rebeldías* depende la pronta publicación de otro folleto titulado *No hay Dios*.

Suscripción para que Alfredo Picoret, víctima del policía Memento y del juez Moreno, pueda ingresar en una Casa de Salud.

	Ptas.
SUMA ANTERIOR.	4'15
Rafael Lahuerta.	0'25
Lorenzo Cloquells.	1'00
N. N. Libertario.	1'00
Ceferino Cirerol.	0'50
Vicente Latorre, de Godelleta.	0'15
José Latorre, de id.	0'15
Francisco Guzmán de id.	0'15
TOTAL.	7'35

CORRESPONDENCIA

Valencia.—J. O. Recibido 6'40 pesetas. No se recibió tu liquidación correspondiente á Diciembre. Hecha modificación.

Béjar.—J. M. B. Recibido 5 pesetas. Liquidado hasta el número 238. Enviamos hojas. Conformes con lo que dices respecto á la forma de hacer liquidación. Escribiremos.

Almatret.—J. F. Enviamos paquete desde este número. Tendrás pagado hasta el 256. Servida suscripción á P. F.

Nerva.—F. L. Enviamos paquete desde este número.

Linares.—J. V. Recibido 3'05 pesetas; con lo que envías tienes pagado hasta el número 230, con 10 céntimos á tu favor.

Linares.—A. L. No sabemos bien lo que debes. Arréglalo como te parezca.

Cullera.—P. G. Recibido 3 pesetas. Conformes con tu liquidación. Enviaremos *Hojas de propaganda* cuando se publiquen.

La Soledad.—J. R. Recibida tu carta. Está bien lo de la suscripción. Los folletos son al precio que dices. Repito el envío de los números que citas, que se habrán extraviado en correos. Agradezco recuerdos.

Ciudadela.—A. T. Recibido 16'25 pesetas. Liquidado hasta el número 237.

San Luis.—M. P. Recibido 10 pesetas. Liquidado hasta el número 236.

Almería.—J. L. R. Enviamos etiquetas.

Godelleta.—V. L. Recibido 11 pesetas y sellos. Conformes con tu liquidación. Van folletos y etiquetas. Enviaremos hojas. Aumentamos

Cullera.—A. P. Recibido 1'50 pesetas. Conformes.

Sabadell.—J. M. Esta semana enviamos folletos.

Madrid.—V. S. J. Recibido una peseta por conducto de *Tierra y Libertad*.

Pollensa.—M. C. Recibidos sellos. Tienes pagado hasta fin Marzo próximo. Cuando publiquemos hojas enviaremos. Celebro progresos.

Las Arenas.—G. A. Recibida carta, pero no hemos recibido la libranza que dices. Envíala. Conformes con tu liquidación. Enviamos folletos y etiquetas.